

## **La desobediencia en femenino: por la memoria, la verdad y la justicia**

**Verónica Estay Stange**

Instituto de Estudios Políticos de París

### *La desobediencia en femenino: por la memoria, la verdad y la justicia*

Entre los distintos grupos que, designados por Elizabeth Jelin (2002) como “emprendedores de memoria”, durante los últimos diez años han marcado por medio de símbolos el recuerdo de las dictaduras latinoamericanas, hay uno que por su carácter tan insólito como paradójico ha llamado la atención de investigadores provenientes de diversas disciplinas (Berezín 2020; Feierstein 2020; Llonto 2020; Basile 2019, 2020 y 2021; Ros 2023; Peller 2021): se trata del colectivo *Historias desobedientes. Familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*. Este grupo, surgido en Argentina y extendido luego a otros países (Chile, Brasil, Uruguay, Paraguay, El Salvador, España), es el primero en la historia de los grandes crímenes en masa que se constituye como actor político en torno a los descendientes de criminales de lesa humanidad que condenan abiertamente los actos cometidos por estos últimos para sumarse a la defensa de los derechos humanos. Producción de documentos testimoniales, recopilación de material de archivo, creación de obras artísticas y literarias, publicación de comunicados y declaraciones, intervención en los juicios, participación en conferencias y seminarios sobre derechos humanos, presencia en las manifestaciones: tales son los medios a los que han recurrido los desobedientes para marcar, como “emprendedores de memoria”, el recuerdo de lo ocurrido desde la posición tan particular que es la suya.

En este marco, uno de los rasgos que plantea interrogantes de orden tanto sociológico como histórico y psicoanalítico es el hecho de que, en los distintos países,

las fundadoras del movimiento y la mayoría de sus miembros, son mujeres. Al respecto, cabe recordar que, en Argentina, antes del surgimiento del colectivo, los primeros textos que circularon en Facebook referidos a la condición de ser hija de un genocida fueron escritos por Analía Kalinec, quien da cuenta de ese proceso de descubrimiento y de revelación en el libro *Llevaré su nombre* (2021). Asimismo, fue a raíz de la publicación en 2017 de un reportaje en la revista *Anfibia* sobre Mariana Dopazo (Mannarino 2017), “ex hija” —como ella misma se designa— del torturador Miguel Etchecolatz, que otras hijas de represores, entre las cuales se encontraba Analía, empezaron a conocerse por las redes sociales para luego, a los pocos meses, organizarse colectivamente. En Chile, Vittoria É? Natto—nombre que Patricia Pienovi decide atribuirse para deslindarse del legado de su padre—escribió en 2010 un libro publicado en 2015 bajo el título *La hija de un torturador*. En el mismo país, Lissette Orozco realizó en 2017 el documental *El pacto de Adriana*, que narra su experiencia como sobrina de una mujer responsable de violaciones a los derechos humanos durante la dictadura de Pinochet. Tanto Vittoria como Lissette se sumarán más tarde a *Historias desobedientes-Chile*, surgido en 2019. En Uruguay, fueron dos mujeres, las hermanas Ana Laura e Irma Gutiérrez, quienes alzaron la voz por vez primera (Cardozo 2021; Gatti 2022) en tanto hijas de un represor, fundando el brazo uruguayo del colectivo. En Paraguay, fueron también dos mujeres, Olinda Ruiz y Alegría González Planás, quienes se unieron al grupo, participando respectivamente con un poema y una serie de fotografías en el último libro del colectivo, *Desobediencia De Vida* (2022). En El Salvador, una joven de diecinueve años, sobrina nieta de un emblemático dictador genocida, tomó contacto con la agrupación, publicando un texto en el mencionado libro bajo el seudónimo de FabYta. En España, Loreto Urraca, nieta de un policía franquista, enarboló la bandera de la desobediencia tras la publicación de *Entre bienas* (2018), novela que indaga en su pasado familiar.

Siendo yo misma fundadora y coordinadora del brazo chileno de *Historias desobedientes*, en este artículo me propongo explorar las posibles causas de esa marcada tendencia de género, así como sus implicaciones en algunas creaciones testimoniales, literarias y artísticas efectuadas por las desobedientes. De ese modo, recurriendo a la teoría semiótica y al análisis del discurso, trataré de poner en evidencia las características de la “desobediencia en femenino”. No porque ella no pueda ser o no haya sido asumida, con tanto o más coraje, por los varones, sino porque, independientemente del sexo de aquel o aquella que la hace suya, la desobediencia, tal como aquí se entiende, cuestiona profundamente las representaciones de género, en la medida en que,

transgrediendo los límites entre lo privado y lo público, quebranta el concepto mismo de filiación.

*“Lo personal es político”*

Diversas hipótesis han sido formuladas para explicar el carácter fundamentalmente femenino de *Historias desobedientes*. En la presentación del libro *Nosotrxs, Historias desobedientes*, Patrizia Violi (2020) sugería que el modo de interacción entre las desobedientes remite a la autoconciencia desarrollada por el feminismo italiano de los años setenta y ochenta. Retomando esta idea, Mariela Peller (2021, 19), desde un punto de vista sociológico, evoca una genealogía socio-política relacionada directa o indirectamente con el feminismo así como una ascendencia familiar marcada por mujeres que, para las integrantes del colectivo, se constituyeron en modelo a seguir.

Tomando en cuenta estas reflexiones, la pregunta que me planteo tiene que ver con la existencia de vínculos entre desobediencia y feminismo que no sean solo genealógicos, causales o de concomitancia, sino propiamente estructurales. En efecto, mi hipótesis central consiste en suponer que, en ambos casos, se trata de darle a una experiencia personal e incluso íntima un carácter colectivo y, a fin de cuentas, político.

“Lo personal es político”, reza una de las consignas mayores de la segunda ola feminista en Estados Unidos. Aborto, abuso sexual, violación, sometimiento o maltrato en el hogar; todo aquello que había sido relegado al ámbito de lo privado se hacía público, convirtiéndose en objeto de reivindicación. Tal es, justamente, el principio de *Historias desobedientes*: exponer modos de funcionamiento intrafamiliar que estaban destinados a permanecer ocultos no solo por considerarse como pertenecientes al dominio de lo personal, sino también por ser asumidos, explícita o tácitamente, como un secreto. Afirma Javier Vaca:

Voy a escribir algo que no debería escribir. Algo que, según me martillaron en la cabeza desde muy chico, no debía contar. Algo que era, y para algunos en la familia sigue siendo, un secreto. Un secreto tan atroz que no quiero participar de él. No quiero con mis silencios ser cómplice de criminales e inhumanos. Un secreto familiar. (Vaca 2022, 102-103)

Reconocer abiertamente que se es hijo o hija, nieto o nieta, sobrino o sobrina, de un responsable de crímenes de lesa humanidad, analizar los comportamientos de esa persona en la casa, exhibir la relación que se tiene con ella, profundizar en los mecanismos que la condujeron a cometer tales atrocidades; implica revelar secretos de familia que, al socializarse, remiten a secretos de Estado.

Ciertamente, no todo lo personal logra politizarse, y no todo lo político toma en cuenta las individualidades que representa o debería representar. A través de sus distintas publicaciones (Bartalini, Estay Stange y Kalinec 2018 y 2020, Estay Stange 2022), el colectivo *Historias desobedientes* interroga y reinventa las condiciones de transformación de lo personal en político y, más aún, las condiciones de politización de aquello que es por definición lo más marginalizante: la vergüenza, la culpa. Analía Kalinec reconoce: “Que lo que nuestros padres hicieron nos da vergüenza, y algo de culpa también” (2018a, 43). En ese rasgo radica probablemente una de las diferencias mayores entre la posmemoria de los victimarios y la de los descendientes de víctimas, entendiendo por posmemoria, según la definición de Marianne Hirsch (1996 y 2012, entre otros), la transmisión de un trauma histórico de la generación que efectivamente lo padeció a las generaciones siguientes. En este sentido, el texto que abre el volumen de *Nosotrxs, Historias desobedientes*, confirma: “Cada recorrido es personal y diferente, pero todos están atravesados por la soledad y la vergüenza” (Colectivo Historias desobedientes 2020, 13).

Asumiendo o trascendiendo la culpa y la vergüenza, ¿de qué modo lo personal puede efectivamente volverse político?

Lo personal es en principio una intrincada trama de rasgos que determinan la unicidad de cada cual: intereses, gustos, tendencias, experiencias, emociones, sensaciones... Es solo cuando uno o algunos de esos rasgos se comparten que lo colectivo empieza a tomar forma. Una característica personal que no se comparte constituye la marca de una individualidad y de una identidad, pero no necesariamente el origen de lo político. El pronombre que da título al citado libro—*Nosotrxs*—da cuenta del esfuerzo por reconocer aquellos rasgos que reúnen a sus integrantes y definen a la agrupación: “Si bien el vínculo filiatorio determina nuestro encuentro, no es la relación personal que tuvimos con el familiar lo que nos convoca, sino un posicionamiento social y colectivo de repudio al accionar genocida”. (Colectivo Historias desobedientes 2020, 13) Sin embargo, por mucho que se trascienda a través de una toma de posición social y colectiva, esa “relación personal” constituye el trasfondo ineludible de las reivindicaciones desobedientes.

Los textos que componen la primera parte del libro profundizan en aquellos elementos que, compartidos y politizados, abren paso a lo político; elementos que se estructuran, desde luego, en torno al eje fundamental de la desobediencia: *Nosotrxs* somos, antes que nada, *los y las desobedientes*. Pero desobedientes no de cualquier mandato sino de aquel que por excelencia configura y organiza la vida privada: el mandato

familiar y, más precisamente, la ley del padre. Un mandato que reproduce, a pequeña escala, mandatos sociales:

...desobedecemos al imperativo de incondicionalidad filiatoria hacia aquellxs familiares que nos mintieron, nos ocultaron información y nos defraudaron; aquellxs que fueron capaces de secuestrar, torturar, robar, violar, asesinar y desaparecer;

...desobedecemos, por lo tanto, a la exigencia de complicidad familiar;

...desobedecemos ante el temor, el sometimiento, la violencia; desobedecemos frente a la vergüenza y el silencio. Porque no solo desobedecemos a la ley del padre, también desobedecemos al mandato social que nos insta al silencio y nos identifica con el genocida y con el pensamiento genocida (Colectivo Historias desobedientes 2020, 17).

Volveré sobre el tema de la ley del padre en el apartado siguiente. Por ahora, me interesa observar que, para *Historias desobedientes*, la puerta de entrada en lo político parte de una experiencia íntima. Como ocurre en el propio feminismo. En el contexto de la posmemoria, las experiencias que narran las y los desobedientes es, en principio y desde su acceso mismo al ámbito político, más íntima que la de aquellos y aquellas que, descendientes de víctimas, pueden reivindicar con dolor pero también con orgullo la memoria de sus predecesores. Mientras que reivindicar el legado familiar aparece como una evidencia que no necesita mayores explicaciones dado que puede adosarse a una ética ya constituida (la de la verdad, la justicia y los derechos humanos), cuestionarlo o aborrecerlo públicamente supone de entrada la denuncia y la exposición de sus pormenores para refundar un marco ético a los ojos de los demás. Dice Lorna Milena: “lo único que me interesa de todo esto y por lo que me expongo de esta manera casi pornográfica, es porque no se puede repetir una historia tan terrible” (Lorna Milena 2018, 123). “Casi pornográfica” es la desobediencia, como casi pornográfico ha sido considerado el feminismo. Así, los *Escritos desobedientes* contienen textos que revelan “impúdicamente” tanto escenas de la vida familiar como maltratos y abusos sexuales que, considerados en un contexto más amplio, no dejan de remitir a estrategias de ejercicio del poder por parte de los represores:

Abuso de poder...niños.  
 Obediencia de vida aprendida en familia...manchas de sangre.  
 Amor. Odio.  
 Cinismo de nuestros criadores,  
 “la cría obediente”,  
 “subordinación aterradora, carcomida por silencios”.  
 Juegos, cosquillas simulando la picana,  
 la niña inocente ríe.

Abuso

...la niña muere. (Lucaszewicz 2018, 99)

En el plano afectivo, debemos reconocer que en la posmemoria de las víctimas y los resistentes, el orgullo, expansivo, se abre a la alteridad; por el contrario, en la posmemoria de los victimarios vinculada a la desobediencia, la vergüenza, compresiva, tiende sus raíces en el cuerpo mismo: no hay emoción más epidérmica que la vergüenza. La desobediencia, como el feminismo, pasa inevitablemente por el cuerpo.

Ahora bien, compartir ciertos rasgos implica no compartir otros; porque somos distintos, porque cada cual es único y porque esa es la condición misma del intercambio. Esas características individualizantes confieren a lo personal su carácter irreductible. Ellas no dejan de estar presentes en lo colectivo, de enriquecer la interacción, de dificultarla a veces, pero sobre todo de alimentar la infinita diversidad de las historias:

Al comenzar a reunirnos, de inmediato advertimos las diferencias. Había tantas historias y particularidades como integrantes: edades, recorridos, vivencias, modos de elaboración de cada relato; parentesco con genocidas de distintas fuerzas y jerarquías, vivos y condenados, vivos e impunes, muertos y condenados, muertos pero impunes, con domiciliarias o en cárceles. Todos responsables de crímenes de lesa humanidad, de un genocidio. Hemos enfrentado el desafío de funcionar colectivamente, priorizando la fuerza que nos ha dado el encontrarnos, el saber que nunca más estaremos solas ni solos. (Colectivo Historias desobedientes 2020, 12)

El título de la segunda parte del volumen, “No me contéis cuentos, que vengo de muy lejos”, retoma estos versos de León Felipe porque sus distintos autores y autoras vienen en efecto de muy lejos, remitiéndonos a otros lugares (Alemania, Chile, Argentina), a otros períodos (la dictadura, el nazismo) y a extremas experiencias. Cada uno de esos autores deconstruye los cuentos que le contaron y con los que a veces trataron de adormecerlo, para mostrar el camino, en principio personal y solitario, que lo condujo al territorio común de la desobediencia. En esta parte se plantea el problema de la identidad de un colectivo basado en un conjunto de alteridades. Más concretamente, es preciso considerar que los vínculos afectivos de cada desobediente con su padre o familiar van del cariño hacia una persona a su vez amorosa al repudio hacia un individuo maltratador o abusador, pasando por el resentimiento que acarrea el abandono o la indiferencia hacia alguien que no se conoció: “individualmente, hemos vivido relaciones muy distintas con nuestros familiares genocidas: algunos fueron afectuosos, protectores, amorosos; otros, fríos, distantes, violentos o abusadores” (Colectivo Historias desobedientes 2020, 13).

Las diferentes contribuciones permiten suponer que el paso de lo personal a lo político implica la atenuación, la negociación y sobre todo el respeto de todo aquello que nos distingue, teniendo siempre como horizonte aquello que nos reúne. Porque en eso que nos reúne, íntimo y sin embargo compartido, radica el germen lo político:

Entendemos que nuestra potencia radica en dos aspectos fundamentales: funcionar colectivamente y plantarnos en la posición ética que nos define. Repudiamos el accionar de nuestros familiares genocidas: los crímenes que cometieron, que mantienen vigencia, y de los que nunca se arrepintieron. (Colectivo Historias desobedientes 2020, 12)

Compartir ciertos rasgos, decía, es la primera condición de acceso a lo político; reconocer y modular las diferencias es la segunda condición. Según lo que el citado libro sugiere, la tercera condición sería la exploración de una dimensión que se puede llamar meta-discursiva. Los *Escritos desobedientes*, primer libro del colectivo, marcó su surgimiento en la medida en que en él los diversos autores afirmaban su existencia, enunciándose individual y grupalmente. Pero la consolidación de este actor político se produce en el paso de un colectivo que se enuncia a un colectivo que se piensa. “Decir el pensar” primero, para luego, tomando distancia y altura, “pensar el decir”. Tal es el objetivo de la tercera parte de *Nosotrxs*, “la palabra en acción”, que reflexiona sobre las implicaciones del decir mismo.

Una cuarta y última condición, fundamental, para la transformación de lo personal en político en el marco de la desobediencia, sería la apertura al diálogo con otras formas de lo personal, y con otras formas de lo político. Mientras que los *Escritos Desobedientes* fueron redactados exclusivamente por miembros del colectivo, *Nosotrxs*, *Historias desobedientes* contiene textos de personas exteriores a él: militantes de los derechos humanos, abogados, académicos, editores, periodistas. Es ese diálogo, que constituye la particularidad más evidente de este volumen, lo que permite acceder plenamente a lo político. Yendo aún más lejos, en los textos que componen la primera parte del tercer libro del colectivo (Estay Stange 2022), titulada “Me llamo Nadie”, los autores y autoras se ponen ellos mismos en el lugar del *otro* y de los *otros*, construyendo relatos que asumen el punto de vista de los exiliados, de los desaparecidos, de los torturados. El diálogo se prolonga entonces en el interior de cada cual.

Así pues, tanto la desobediencia como el feminismo, para desarrollarse y mantenerse, han debido explorar y reinventar, cada uno a su manera, las condiciones de transformación de lo personal en político. Esas condiciones pueden ser formuladas en los siguientes términos: lo personal se vuelve político cuando se comparte; lo personal se vuelve político cuando se reconocen y se respetan las diferencias; lo

personal se vuelve político cuando se enuncia y se piensa a sí mismo; lo personal se vuelve político cuando se abre al diálogo. Desde esta perspectiva, tales son los principios que explican no solo la preeminencia de *las* desobedientes, sino el carácter femenino y feminista de la desobediencia misma. Si la primera marcha en la que participó el colectivo en Argentina fue aquella, contra el feminicidio, convocada en junio de 2017 por el movimiento *Ni una menos*, no es tanto porque la lucha feminista haya inspirado directamente el movimiento desobediente, sino porque una y otro poseen el mismo fundamento estructural. Por consiguiente, a través de vínculos causales inextricables, participan de una misma tendencia a la redefinición de las fronteras entre lo político y lo personal, pasando por la experiencia en el seno del hogar, por la vivencia íntima del contacto con los familiares, por los afectos ambiguos y paradójicos respecto a ellos, y por los padecimientos de un cuerpo retraído de vergüenza.

Sobre este último aspecto, me atrevería a sugerir, sin poder profundizar en ello, que acaso la vergüenza, injustificada y sin embargo real, de la mujer o el hombre que fueron violados o abusados—tema central del feminismo—tiene algo en común con la vergüenza, también injustificada pero real, de aquel o aquella por cuyas venas corre la sangre de un genocida, o que “mamó” sus directivas desde la más tierna infancia: “Mamá de muy pequeña—incluso transgeneracionalmente, supongo—esta idea de ‘ser obediente’” (2018b, 33). Quizás, en nuestro imaginario cultural, el contacto cuerpo a cuerpo, sobre todo a través de sus fluidos—la sangre, el esperma, la leche materna—inducen representaciones de la identidad que hoy en día, no sin dificultad, estamos deconstruyendo tanto desde el feminismo como desde la desobediencia: “Poder tomar distancia de algo tan íntimo como la ‘propia sangre’ es un recorrido doloroso pero necesario, que nos libera del peso de la ‘culpa’ por lo que nuestros predecesores hicieron” (Colectivo Historias desobedientes 2020, 13).

### *La función paterna*

En el interior de *Historias desobedientes*, donde se ha planteado igualmente la cuestión del género, una segunda hipótesis fue sugerida. En los distintos textos que aportó al libro *Desobediencia De Vida* (2022), Javier Vaca, desobediente argentino, muestra cómo los mandatos sobre los cuales se funda la “familia militar” recaen principalmente en los varones, excluyendo o marginalizando a las mujeres. Refiriéndose a su padre, cuenta:

Tenía sin embargo actitudes hostiles. Menosprecios, especialmente con mis hermanas, por su condición de mujeres. Consideraba que de alguna manera eran intelectualmente inferiores (me lo hizo saber más de una vez); que nosotros, los hombres, la teníamos más en claro y que éramos los responsables de los destinos familiares. Fue así como mis hermanas siempre supieron que el favorito era yo, para mi padre y también para mi madre, que hasta en sus últimos días de vida me lo siguió repitiendo. Quería dejarme “un legado”, una herencia. (Vaca 2022, 104)

Esta observación relativa a la perpetuación del funcionamiento patriarcal permite suponer que las mujeres que lo padecen son las que, en principio, lo subvierten. Mariela Peller sostiene que, para las desobedientes, salir del silencio supone “un plus de resistencia”, ya que exige rebelarse no solo contra los progenitores, sino también contra “el discurso masculino machista de las castas militares y policiales vinculadas al terror estatal” (2021, 10).

Ciertamente, las desobedientes se oponen tanto a los mandatos familiares como a aquellos sobre los cuales se funda el patriarcado de la “familia militar”. Pero, en el caso de los varones, la ruptura no es menos radical; incluso es más sorprendente, ya que se trata de ir contra un sistema del que se forma parte y en el que se ocupa un lugar relativamente privilegiado. Tal vez esa complejidad suplementaria explica la inferioridad numérica de los hombres en el colectivo, por lo menos en su periodo de surgimiento.

En todos los casos, la desobediencia constituye un gesto transversal que, convocando la etimología misma (el latín *pater*), va del *padre* a la *patria*. Si bien es cierto que la mayoría de los perpetradores son de sexo masculino, y si bien es cierto que en varios casos se trata de los padres, no es únicamente el sexo ni la paternidad biológica lo que está en juego sino, más profundamente, lo que el psicoanálisis lacaniano ha llamado la “función paterna”: aquella que, introduciendo la terceridad en la relación dual entre madre e hijo, garantiza o debería garantizar, la existencia de normas, leyes y principios de interacción y apertura hacia la alteridad; un “orden simbólico” que hace posible la vida en colectividad (Lacan 1955-56, 191). Desobedecer es entonces, en sí mismo, un cuestionamiento de género dado que pone en entredicho la “ley del padre”. Independientemente del sexo del familiar implicado y del sexo del o de la desobediente, se trata pues de denunciar una falla que se extiende de la familia patriarcal al Estado totalitario. Desde esta mirada, en la película *El pacto de Adriana* (2017) de Lissette Orozco, podemos considerar que la tía, responsable de crímenes de lesa humanidad, desempeña una función paterna dentro del gineceo familiar, instaurando, viajera y “conocedora del mundo” como se presenta, modelos de comportamiento, pautas de organización y normas de relación con grupos sociales exteriores a la familia. Por

consiguiente, es hacia esa persona en tanto garante de la función paterna que se orienta la desobediencia de la sobrina.

No siendo psicoanalista sino semiotista, me limitaré a observar que esa función cuya falencia denuncian los y las desobedientes corresponde en semiótica al rol del Destinador, entidad jerárquicamente superior que, en el marco de cualquier relato, le otorga al sujeto los medios para alcanzar tal o cual objetivo, acompañándolo y evaluando, al final de la secuencia narrativa; su performance (Greimas y Courtés 1979, 94-95, entrada “Destinador”). Desde una perspectiva socio-semiótica, ese rol ha sido asumido, en el plano familiar, por el padre y, en el plano político, por el Estado; figuras que en la praxis cultural han sido asociadas a la masculinidad—el *género* masculino, distinto del *sexo*—y contra las cuales se alzan las y los desobedientes.

En cuanto a la posición del o de la desobediente, el hecho de tomar la palabra para revelar secretos tan herméticamente guardados no deja de tener también implicaciones relativas a las representaciones de género. Sobre este punto, las reflexiones de Octavio Paz sobre la sociedad mexicana podrían extenderse a la sociedad latinoamericana en su conjunto:

El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la “hombría” consiste en no “rajarse” nunca. Los que se “abren” son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, “agacharse”, pero no “rajarse”, esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El “rajado” es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe. Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su “rajada”, herida que jamás cicatriza. (1981/1999, 165)

Contar los secretos; en el ámbito discursivo, tal es el rol de *Historias desobedientes*. El hombre o la mujer que, en ese contexto, toma la palabra, se abre, “se raja”, contradiciendo el ideal de la hombría. De ahí también, probablemente, el carácter femenino, y feminista, de la desobediencia.

En un nivel aún más general, los y las desobedientes, transgrediendo el mandamiento bíblico “honrarás a tu padre y madre”, arremeten contra el orden no solo familiar y social, sino también religioso: la “ley del padre” es, antes que nada, aquella que Dios Padre transmitió a Moisés en el monte Sinaí. Renunciar a ese deber implica poner en entredicho el orden “natural” de las cosas. Al igual que el feminismo a través de la figura de Lilith, la desobediencia reclama una mitología. ¿Edipo? ¿Antígona?

Pocas personas recuerdan que Layo, padre de Edipo, cometió una terrible falta al deshonorar durante su destierro la hospitalidad de Pélope violando a su hijo predilecto, Crisipo. Es por eso que, para restablecer el orden cósmico, Edipo fue destinado por los dioses al parricidio y al incesto con su madre, Yocasta. Pero no estaba consciente de ello; de otro modo, habría sido el primer desobediente en la historia de la humanidad.

Muy distinta es la situación de Antígona, sobrina del tiránico Creonte y, por cierto, hija de Edipo y Yocasta—maldición familiar que confirma nuestro imaginario colectivo en torno a la filiación. La “falla” se transmite, de Edipo a Antígona, ineluctablemente. Con el objetivo de darle justa sepultura a su hermano Polínices (que había transgredido las leyes de la *polis* bajo el imperio de Creonte), Antígona se rebela, consciente y lúcidamente, contra su tío, reacio al entierro de aquel hombre considerado como un traidor a la patria. Antígona insiste y persiste sin embargo, razón por la cual Creonte la condena a ser enterrada viva.

Como sugiere Alejandro Parisi (2022, 13), es sin duda el mito de Antígona el que mejor acompaña el surgimiento de *Historias desobedientes*. Si bien Antígona es “sobrina” y no “hija”, en ese mito es la función paterna de Creonte, el tío, la que se ve cuestionada y subvertida; o, en términos semióticos, su rol como Destinador. Ese desplazamiento me interesa particularmente ya que permite, una vez más, disociar a los individuos efectivos de sus roles dentro del sistema totalitario y patriarcal. La desobediencia, asumida por mujeres o varones, por hijos o hijas, sobrinas o sobrinos, nietas o nietos, y frente al padre o la madre, el tío o la tía, el abuelo o la abuela, constituye una arremetida contra la función paterna asumida por diferentes actores o actrices, tanto de modo individual (como en la familia) o institucional y colectivo (como en el Estado). En ese sentido también, la desobediencia posee un carácter feminista y anti patriarcal, ya que cuestiona el pilar fundamental del patriarcado: la función paterna en cuanto tal.

### *Poética del cuerpo*

La desobediencia, como decía, pasa antes que nada por el cuerpo, puesto que remite a pasiones y afectos profundamente encarnados—comenzando por la vergüenza—así como a una herencia que se lleva dentro y que se manifiesta en la complexión física, en los rasgos del rostro, en la mirada. Las declaraciones de principios y las teorizaciones vienen después. Antes de ellas, encontramos palabras e imágenes donde el cuerpo—ese cuerpo avergonzado, relegado, marginalizado por el legado que lo constituye—se exhibe abiertamente. En este punto, es preciso reconocer que las creaciones y testimonios de *las* y *los* desobedientes difieren considerablemente. La

desobediencia en femenino es, en efecto, un asunto del cuerpo: cuerpo de mujer, de mujeres, desobedientes. Cuerpo, él mismo, desobediente, dado que se ofrece sin pudor a la mirada del otro y dado que, como veremos, subvierte los principios de la transmisión y de la filiación.

Esa implicación somática me parece ser no solo la marca de género propia del discurso desobediente, sino la marca de género en el lenguaje por excelencia. En *El infinito singular*, Patrizia Violi se interroga precisamente sobre las implicaciones de la diferencia sexual en el discurso. Al respecto, afirma:

En el lenguaje la diferencia sexual está simbolizada principalmente a través de la categoría de género. Es mi intención demostrar que el género no es solo una categoría gramatical que regula hechos concordantes puramente mecánicos, sino que, por el contrario, es una categoría semántica que manifiesta dentro de la lengua un simbolismo profundo ligado al cuerpo: su sentido es precisamente la simbolización de la diferencia sexual. (1986/1991, 36-37)

Por lo tanto, concluye, si bien no existen rasgos definitorios de un discurso “femenino” en cuanto tal, lo característico de la enunciación asumida por mujeres sería la exploración de “lo que las hace individualmente distintas, infinita multiplicidad del ‘yo’ singular” (156). De ahí el acento en “la cuestión de lo ‘personal’, de la diferencia, de la afectividad, de la sexualidad, en una palabra, de la subjetividad” (157). Y de ahí también, me parece, la insistencia en aquello que es por definición lo más singularizante, en tanto fuente y soporte de la subjetividad: el cuerpo propio, irreductible a cualquier otro.

Decía Virginia Woolf: “contar la verdad sobre mis experiencias propias en tanto cuerpo es algo que no creo haber logrado, y no creo que alguna mujer lo haya hecho hasta ahora” (1993, 102). Las desobedientes lo intentan por necesidad, ya que vaciarse simbólicamente de “la propia sangre”, trascendiendo la vergüenza por lo que se lleva dentro—hasta los genes—requiere enunciarse corporalmente, somáticamente, para reinventar el fundamento mismo de la identidad.

Así pues, no es casual que las primeras páginas del libro de Analía Kalinec estén concebidas como un diálogo de la autora con el hijo que lleva en su vientre y que por lo tanto forma todavía parte de su propio cuerpo:

Pasaron muchas cosas que espero poder ir narrando, pero la más importante es que actualmente estoy embarazada, pasando los ocho meses, y al encontrar este cuaderno se impuso a mí el deseo de escribirle a Gino, para que conozca un poco más de los papás que le tocaron en suerte. (2021, 29)

Eso hace la autora en adelante, dirigiéndose en segunda persona a la criatura que en ella se ha gestado: “¡Todavía no naciste! Ayer fuimos al hospital porque comenzaron las contracciones, pero volvimos a casa ya que aún no es el momento. De a poco se va

desprendiendo el tapón mucoso, todo indica que falta poco para que salgas.” (32) Analía afirma que la historia—su historia, la que el libro nos cuenta—comienza el día en que conoció al futuro padre de su niño. Pero en realidad, me parece, esa historia empieza por el cuerpo, un cuerpo de madre que lejos de ser idealizado, se muestra tal como es, con sus funciones orgánicas y sus dehiscencias:

estábamos durmiendo y a las cinco de la mañana desperté porque sentí que me estaba mojando. Pensé que era incontinencia, fui al baño y me di cuenta que había roto bolsa [...] pasadas las dos de la tarde no aguantaba más el dolor. Llamamos al médico, tenía siete de dilatación [...] el problema era que ‘no bajabas’, yo hacía fuerza cada vez que venía la contracción [...] solo tuve que pujar dos veces más, y saliste. (33-34)

Asimismo, el libro de Stella Duacastella *La mujer sin fondo*—autoficción donde narra su historia como hija de un militar implicado en los crímenes de la dictadura argentina—se abre con el relato de un sueño poblado de sensaciones (auditivas, táctiles, visuales) y cuyo tema central es tanto el cuerpo (propio y ajeno, en un encuentro cuerpo a cuerpo) como la maternidad:

Una noche tuve un sueño.

Estaba en el living de una casa parecida a la de San Juan y escuchaba llorar, o más bien gemir, a una persona. Salía a la galería y mis pies descalzos pisaban un líquido pegajoso que lo inundaba todo. En un rincón, tirado, un muchacho lloraba. Estaba desnudo, y sus miembros parecían quebrados como una marioneta caída en una posición imposible para el cuerpo humano. Tenía sangre en la cabeza.

Me acerqué y lo levanté, como si no pesara nada, acomodando sus huesos entre mis brazos. A medida que rearmaba ese cuerpo deshecho de hombre, se iba convirtiendo en un bebé que buscaba desesperadamente mi pecho.

Y lo encontraba. (2013, 9)

El cuerpo agonizante y el cuerpo que da vida convergen aquí para sellar el origen de una escritura desobediente que, como podemos imaginar, revelará aquello de lo que no se debe hablar, guardado como estaba en los arcanos de la memoria familiar. Al igual que la leche materna del personaje que aquí termina amamantando al hombre dislocado—¿una víctima de la tortura? ¿el propio padre?—hay algo que se expulsa desde del interior—escena de parto sugerida por el líquido pegajoso que lo inunda todo—transgrediendo las leyes de la naturaleza, dado que el hombre moribundo se transforma en un niño y la muerte culmina en un renacimiento.

La maternidad, fenómeno primordial de creación y engendramiento del *otro* o de lo *otro* a partir de lo *mismo*, también está presente en los escritos de otras

desobedientes. Por ejemplo, en el relato “Entre flores”, Noe Lynch se pone en el lugar de una detenida que da a luz en una bóveda llena de flores marchitas y cadáveres y cuyo bebé recién nacido es robado por sus captores. Engendrando vida en medio de la muerte, el cuerpo se muestra y se nombra, nuevamente, sin tapujos: “la mujer de blanco mete su mano en mi vagina y rompe la bolsa. Siento el líquido caer en el piso y algo tibio que me inunda, lo único cálido en esa base metálica, en ese frío aterrador que me rodea” (Lynch 2022, 62).

A su vez, María del Pilar Funes Sánchez también se refiere a la maternidad, pero en este caso vinculada con el autoengendramiento: “yo he de reconstruir la historia de la mujer que voy a parir” (Funes Sánchez, 2022a, 23). Acaso ese autoengendramiento constituye el horizonte último de las desobedientes al tomar la palabra: parirse a sí mismas es su mayor victoria frente al padre o al familiar genocida.

En los textos de otras autoras, lo somático, asociado a distintos motivos y figuras, aparece igualmente como un núcleo en torno al cual se organiza el decir. La prosa poética de Bibiana Reibaldi evoca la delicadeza y la fragilidad de un cuerpo de niña, en contraste con la brutalidad de los cuerpos torturados:

Te veo de lejos, chiquita linda y asustada.

Quién diría que esa nenita de paso firme, postura erguida y mirada profundamente triste, pero determinada, carga tremendo peso sobre sus espaldas, aún pequeñas, a sus nueve años.

Te veo de lejos y tantos sentires se agolpan en mí, sabiendo de tus miedos y vergüenzas, desde tan temprana edad. [...] Pero hoy te veo, pisando una vez más esas escaleras que llevan al mismo infierno.

Aún no sabés que cada escalón está teñido de sangre, lágrimas, cuerpos hinchados, amoratados y destrozados por la tortura. [...] Querida mía, cuando te enteres, el horror va a cambiar tu piel, tus cabellos, tu voz acallada, y un fuego interno pugnaré por salir hasta que, por fin, se convierta en palabras, transformando tu soledad en rondas. (Reibaldi 2022a, 20)

La autora se habla a sí misma como si fuera su propia hija, estrategia que remite al fantasma de autoengendramiento convocado por María del Pilar Funes. En este caso, el remedio para un cuerpo atravesado por la vergüenza y el horror, es la ternura de yomadre hacia yo-niña. Diálogo de sí a sí que excluye esa terceridad fallida de la función paterna; terceridad que, fuera del registro somático, será reconstituida simbólicamente a partir de otros Destinadores, elegidos y no ya impuestos—los sobrevivientes, los familiares de víctimas, las Madres de la Plaza de Mayo, las agrupaciones de derechos humanos...

Por cierto, significativamente, el cuerpo (del otro) y la vergüenza (propia) reaparecen en un segundo texto de Bibiana Reibaldi, “Guillermo (breve historia de amor)”: “Tu cuerpo, con pantalones de vestir y saco sport, arrastrado por cuatro cobardes. Tu cuerpo brillante esa noche de terror, en esa esquina del silencio más abominable. [...] ¡Cómo contarte que casi muero de vergüenza por haberme quedado paralizada frente a esa escena de espanto!” (2022b, 27-28) Cuerpo propio, cuerpo ajeno: cuerpos que se encuentran en el espacio de la imaginación. Vergüenza de la niña, vergüenza de la mujer; una mujer que, en este breve relato, imagina una historia de amor con un detenido desaparecido. Una vez más, ese hombre es, si no engendrado, al menos resucitado, a través de la palabra por la propia autora: “¿Cómo nombrarte y volverte a la vida, con tu cabello rubión y tus grandes ojos claros luminosos, cuando nunca te conocí? ¿Cómo nombrarte, volverte a la vida y soñar con que alguna vez, quizá, pudimos haber estado enamorados, cuando nunca nos tocamos?” (27)

Pero, además del cuerpo que da vida y del cuerpo anhelante de amor o de ternura, las desobedientes ponen en escena cuerpos dislocados o habitados por múltiples instancias; cuerpos cuyo sostén y eje central—la figura del padre, o su función—está quebrado o ausente. La escritura de María del Pilar Funes, en los numerosos poemas incluidos en *Desobediencia De Vida*, se caracteriza justamente por una pluralidad de voces y personalidades—cada cual con un nombre distinto—que coexisten en un mismo cuerpo dañado: “Seguir a pesar de todo con las alas rotas acomodando las partes sanas. [...] Del otro lado me espero yo, Agustina.” (2022b, 55) Desdoblamiento que, como en el caso de Bibiana Reibaldi, busca probablemente llenar el vacío de la terceridad negada. Así, dirigiéndose al padre en otro poema, María del Pilar dice:

De a ratos me desvanezco, pero no me atrevo a mirarme  
 Dejo que mi cuerpo corra en el caudal del río  
 Dejo que a mi cuerpo se lo lleve la corriente acompañada por el viento de la  
 noche estrellada  
 Siempre al borde de cambiar de identidad y de nombre, las que habitamos este  
 cuerpo, te quisimos tanto. (Funes Sánchez 2022c, 156)

A la fragmentación de la personalidad corresponde la fragmentación del cuerpo de una “niña rota”: “Su pequeño cuerpo habla memorias hechas historias / Se sienta todos los días a mi mesa, la niña extraviada y rota.” (2022d, 52)

La fragmentación del cuerpo constituye precisamente el tema central del ensayo fotográfico *Un cuerpo en proceso de formulación* (2020) de Alegría González Planás, desobediente paraguaya, fotógrafa independiente y artista visual cuya obra explora la

dimensión sensible de la (pos)memoria, siendo pionera en las prácticas visuales y performáticas ancladas en la desobediencia. En el mencionado ensayo fotográfico, la fragmentación se vincula con la figura de una “máscara” a punto de caer (imágenes 1, 2 y 3). ¿Y por qué ha de ocultarse el rostro tras una máscara si no por vergüenza? Cuerpo fragmentado, rostro avergonzado, que se exponen sin embargo a la mirada de los demás.





Imágenes 1, 2 y 3. Alegría González Planás, *Un cuerpo en proceso de formulación* (ensayo fotográfico).

A este cuerpo desorganizado, en pedazos o “en proceso de...”, se agrega el cuerpo en peligro, al borde del precipicio, que Alegría presenta en *Algo se rompía en el silencio*. En esta performance, la artista, colgando cabeza abajo de una cuerda amarrada al techo del recinto, se balancea de uno a otro lado del escenario, empujada y atajada por un hombre. Al mismo tiempo, sobre una pantalla de fondo se proyectan distintas imágenes abstractas así como el relato de su historia familiar: “Fue el 5 de diciembre y me encontré compartiendo el duelo de mi abuelo con una ‘marea colorada’. Todos en mi familia fueron miembros del Partido Colorado, y los padres de mis padres ocuparon altos cargos durante la dictadura de Alfredo Stroessner.” (2021) En este caso también, el discurso desobediente pasa por el cuerpo o por “la cuerpa”, como la llama Alegría. La cuerpa asume el riesgo de caer, entregándose al vértigo de rememoración y de la revelación:

La cuerpa como (des)archivo, respuesta desobediente de lo que se puede recordar, por tanto, lo que se puede decir. Sobre este territorio, se plantean varias interrogantes sobre las posibilidades de la cuerpa, la identidad elegida, la apropiación del cuerpo, su fragmentación y la tensión entre la decisión personal y los discursos externos que la delimitan. [...]

La cuerpa se deja caer, pero también se deja atajar. (2021)

Es así como, a través de creaciones testimoniales, literarias y visuales, las desobedientes han ido configurando una poética del cuerpo. En todos los casos, y sin olvidar la especificidad de cada discurso, se trata de un cuerpo voluntariamente despojado de su piedra angular, su columna vertebral; aquella que en el plano psíquico

estaría constituida por la función paterna y en el plano narrativo por el Destinador, motor y soporte del relato de vida. Frente a esa fractura primordial, las desobedientes ponen en escena cuerpos que se regeneran pariéndose a sí mismos, cuerpos que reparan la filiación quebrada resucitando o engendrando a un tercero que será su propio Destinador, o cuerpos que se muestran en la fase misma de fragmentación.

### *Conclusión*

A lo largo de estas páginas, he tratado de mostrar que más allá de los innegables vínculos históricos, sociales y causales que existen entre desobediencia y feminismo, ambos poseen un principio estructural común que determina su modo de organización y funcionamiento, y que consiste en la transformación de lo personal en político a través de las acciones, la palabra y la reflexión. Asimismo, puse en evidencia el hecho de que, independientemente del sexo de los distintos actores y actoras, el gesto desobediente supone un quiebre en las representaciones de género dado que plantea un cuestionamiento de la función paterna tanto en la familia como en la sociedad, así como de la hombría o la masculinidad tal como se la considera en las sociedades tradicionales de Latinoamérica. Por último, profundizando en lo que desde el punto de vista discursivo podría caracterizarse como “lo femenino”, desarrollé la hipótesis según la cual la principal marca de género en la desobediencia estaría dada por la implicación de la subjetividad y más precisamente, de ese factor diferenciante y singularizante por excelencia que es el cuerpo.

Para concluir, quisiera insistir sobre aquello que distingue la desobediencia en tanto manifestación de la posmemoria de los perpetradores, de la posmemoria relacionada con las víctimas. Ciertamente a partir de afectos también encarnados—la nostalgia, la carencia, el desamparo, el dolor visceral—los descendientes de exiliados, ejecutados o desaparecidos, han producido discursos de corte intimista que, igualmente marcados por el feminismo o por “lo femenino”, con frecuencia pasan por la afirmación de la diferencia a través del cuerpo. Por dar solo dos ejemplos, podemos pensar en ciertos textos de Mariana Eva Pérez, cuyos padres desaparecieron durante la dictadura argentina, o de Ángela Urondo Raboy, hija de detenidos desaparecidos argentinos que fue apropiada por otros miembros de su familia. En algunos pasajes del *Diario de una princesa montonera* (2016), Mariana Eva sugiere la fusión imposible entre su propio cuerpo y el de su padre, torturado, poniéndose, somáticamente, en el lugar de él: “siento su dolor en mi cuerpo, siento la picana aunque no sepa qué es y siento los pies que se rompen cuando endurece el cemento. No tengo palabras para decirlo, no se

lo puedo decir a nadie, pero lo siento.” (2016, 32) La identidad misma de la Princesa montonera pasa por esa asimilación, desde la “carne”, al padre desaparecido: “Mi imagen de vos se compone de miles de vidrios fragmentados—hoy escribiría vidrios estallados que no compongan nada—. Sólo te conozco en la tortura, en el dolor de imaginar que te torturaron. Picana golpes pentotal colgado, escribo. Las aristas de los vidrios que forman tu imagen siempre terminan clavadas en mi carne, escribo”. (2016, 32)

Por su parte, en el libro *¿Quién te creés que sos?*, Ángela Urondo Raboy repele la “intragable leche” que le impusieron, añorando al mismo tiempo la leche materna, la original, con la que en un tiempo remoto fue amamantada:

Cuerpo agrio, encerrado en un dulce sueño que parece más real que la vida misma. Cuerpo melancólico, que no deja de extrañar ese olor que alguna vez fue su alimento. Cuerpo que no asume la interrupción, ni el paso incommovible de los años. Cuerpo fiel, transpirando eso mismo que su estómago rechaza, negándose a otra parecida, sustituta, intragable leche. Cortada, falsa, leche ajena, impropia. Tras el destete violento todas repugnan y ese olor, ese dolor, ese duelo persiste en los sueños y es memoria corporal manifestándose por cada uno de los poros... (2012, 224)

Este texto me acerca a la diferencia que deseo subrayar. En su dimensión somática, la empresa filiatoria de los descendientes de víctimas (en este caso, de desaparecidos) está centrada en la imagen de un cuerpo que reclama desesperadamente la presencia del *otro* (el padre, la madre), a riesgo de perderse en la alteridad—como la Princesa montonera, quien, por algunos instantes, abandona su cuerpo para fundirse en el del padre. Es por eso que la “memoria corporal” trata de acceder al dolor del progenitor o a la leche primigenia que constituyó el alimento original y que, en el imaginario íntimo, permanecen en el cuerpo propio a través del recuerdo en cierto modo sellado en la piel que retuvo ese sabor, ese olor o ese padecimiento ajenos. Por el contrario, la empresa “desafiliatoria” de la desobediencia remite a un cuerpo propio que está continuamente expulsando a ese *otro*, a *eso otro* (la leche, el esperma, el ADN) que no puede ser reemplazado porque representa el origen mismo. Cuerpo que busca para saciarse, en el primer caso; cuerpo que repudia para vaciarse, en el segundo. De ahí, probablemente, la ilusión necesaria, en las desobedientes, de un autoengendramiento que repare la falta (en el doble sentido de falla y carencia) de la alteridad tóxica que ha de ser negada. Desde esta perspectiva, asumir la desobediencia en femenino implica, literalmente, “poner el cuerpo” de yo a yo, de sí a sí, a riesgo de disolverse en la mismidad.

### Obras Citadas

- Bartalini, Carolina y Verónica Estay Stange, eds., Analía Kalinec, comp. 2018. *Escritos desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*. Buenos Aires: Marea.
- Bartalini, Carolina y Verónica Estay Stange, eds., Analía Kalinec, comp. 2020. *Nosotrxs, Historias Desobedientes. Actas del primer encuentro internacional de familiares de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia*. Buenos Aires: Ediciones AMP.
- Basile, Teresa. 2019. “Memorias perturbadoras: las narrativas de los otros HIJOS”. En *Pasados contemporáneos. Acercamientos interdisciplinarios a los derechos humanos y las memorias en Perú y América Latina*, editado por Lucero de Vivanco y María Teresa Johansson. Madrid: Iberoamericana Editorial Vervuert, 293-310.
- \_\_\_\_\_. 2020. “Padres perpetradores. Perspectivas desde los hijos e hijas de represores en Argentina”. *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 15, 127-157.
- \_\_\_\_\_. 2021. “Testimonios y militancias de mujeres en Argentina: Revolución, Derechos Humanos y Feminismo”. *Catedral Tomada* 9, núm. 16, 62-103.
- Berezín, Ana. 2020. “Un encuentro tan esperado: nuevas voces en la resistencia”. En *Nosotrxs, Historias Desobedientes*, editado por Bartalini y Estay Stange, 140-148.
- Cardozo, Ling. 19 de diciembre, 2019. “Hijas de represor rompen el silencio”. *Caras y caretas*. <https://www.carasycaretas.com.uy/hijas-de-represor-rompen-el-silencio>.
- Colectivo Historias Desobedientes. 2020. “Breve historia de la desobediencia”. En *Nosotrxs, Historias Desobedientes*, editado por Bartalini y Estay Stange, 11-19.
- Duacastella, Stella. 2013. *La mujer sin fondo*. Buenos Aires: CeCyC.
- É Natto, Vittoria. 2015. *La hija de un torturador* (2010). Montreal: Alondras.
- Estay Stange, Verónica, ed. y comp. 2022. *Desobediencia De Vida*. Buenos Aires: Chirimbote.
- Feierstein, Daniel. 2020. “Abriendo caminos”. En *Nosotrxs, Historias Desobedientes*, editado por Bartalini y Estay Stange, 135-139.
- Gatti, Daniel. 23 de marzo, 2022. “Espirales de violencia”. *Brecha*. <https://brecha.com.uy/espiales-de-violencia/>
- González Planás, Alegría. 2020. *Algo se rompía en el silencio...*, performance. <https://alegriagonzalezportfolio.myportfolio.com/algo-se-rompia-en-el-silencio>

- \_\_\_\_\_. 2021. *Un cuerpo en proceso de formulación*, ensayo fotográfico. <https://alegriagonzalezportfolio.myportfolio.com/un-cuerpo-en-proceso-de-formulacion>. Retomado en *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange.
- Greimas, Algirdas Julien y Joseph Courtés. 1975. *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage*. París: Hachette.
- Fúnes Sánchez, María del Pilar. 2022a. “¿Quién seré esta vez?”. En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 22-23.
- \_\_\_\_\_. 2022b. “Seguir a pesar de todo”. En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 55.
- \_\_\_\_\_. 2022c. “Poema a mi padre”. En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 156-157.
- \_\_\_\_\_. 2022d. “Se sienta todos los días a mi mesa”. En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 49-52.
- Hirsch, Marianne. 1996. “Past lives: postmemories in exile”. *Poetics Today* 17, no. 4, 659-686.
- \_\_\_\_\_. 2012. *The Generation of Postmemory. Writing and Visual Culture after the Holocaust*. New York: Columbia University Press.
- Jelin, Elizabeth. 2002. “Introducción. Gestión política, gestión administrativa y gestión histórica: ocultamientos y descubrimientos de los archivos de la represión”. En *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*, coordinado por Ludmila da Silva Catela y Elizabeth Jelin. Madrid: Siglo XXI Editores. 1-12.
- Kalinec, Analía. 2018a. “Hijas de represores. 30 000 motivos”. En *Escritos desobedientes*, ed. Bartalini y Estay Stange, comp. Kalinec, 42-46.
- \_\_\_\_\_. 2018b. “De Colita de Algodón, Obediencia Debida y otras cuestiones”. En *Escritos desobedientes*, ed. Bartalini y Estay Stange, comp. Kalinec, 31-34.
- \_\_\_\_\_. 2021. *Llevaré su nombre. La hija desobediente de un genocida*. Buenos Aires: Marea.
- Lacan, Jacques. 1981. *Le séminaire*, libro III, *Les psychoses* (1955-1956). París: Seuil.
- Llonto, Pablo. 2020. “Las leyes que faltan”. En *Nosotr@s, Historias Desobedientes*, editado por Bartalini y Estay Stange, 61-66.
- Lorna Milena. “Parte 7. Entre... mundos”. En *Escritos desobedientes*, ed. Bartalini y Estay Stange, comp. Kalinec, 121-124.
- Lucaszewicz, Lydia. 2018. “La niña que siempre muere”. En *Escritos desobedientes*, ed. Bartalini y Estay Stange, comp. Kalinec, 99-100.
- Lynch, Noe. 2022. “Entre flores”. En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 61-63.

- Mannarino, Juan Manuel. 12 de mayo, 2017. “Mariana, la hija de Etchecolatz. Marché contra mi padre genocida”. *Revista Anfibia*.  
<http://revistaanfibia.com/cronica/marche-contra-mi-padre-genocida/>
- Orozco, Lissette. 2017. *El pacto de Adriana*, película documental.
- Parisi, Alejandro. 2022. “Prefacio”. En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 11-14.
- Paz, Octavio. 1999. *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta a “El laberinto de la soledad”*. México: Fondo de Cultura Económica
- Peller, Mariela. 2021. “El género de la desobediencia: resistencias al legado familiar en las hijas de represores en Argentina”. *Cuadernos del CILHA* 34, 1-26.
- Pérez, Mariana Eva. 2016. *Diario de una princesa montonera—110% Verdad*. Barcelona: Marbot.
- Reibaldi, Bibiana. 2022a. “Peldaños”. En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 20-22.
- \_\_\_\_\_. 2022b. “Guillermo (breve historia de amor)”. En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 27-28.
- Ros Maturro, Ana. 2023. “Hijas de perpetradores: la desobediencia elegida vs. la obediencia debida”. *Hispanic Issues* 30, 27-49.
- Urondo Raboy, Ángela. 2012. *¿Quién te creés que sos?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Urraca Luque, Loreto. 2018. *Entre bienas*. Madrid: Funambulista.
- Vaca, Javier. 2022. “Yo solo sé...” En *Desobediencia de Vida*, ed. y comp. Estay Stange, 102-105.
- Violi, Patrizia. 1991. *El infinito singular* (1986). Madrid: Cátedra.
- Violi, Patrizia. 26 de mayo, 2020. *Presentación Nosotrxxs, Historias desobedientes*, video.  
<https://www.youtube.com/watch?v=hgypK-ZBrOA>
- Woolf, Virginia. 1993. *The Crowded Dance of Modern Life*. Londres: Penguin.